



AL PASAR LAS HOJAS UNA VEZ MÁS

Autores: Pablo Tinoco - Liliana Palacios

No sé cuándo empezó, no sé cuándo todo terminará y, a veces me pierdo en el mismo presente. No podía ver y tampoco podía escuchar, sin embargo, podía sentir, sentir palabras que acariciaban mi cuerpo sin tocarlo, buenos deseos que arrullaban mis sueños sin conocerme; besos cálidos, frescos y sinceros que vestían mi cuerpo con la más dulce piel.

Nunca estuve en un mismo lugar, disfrutaba de mil sabores sin saber de donde venían y por alguna razón, sentía que siempre hablaban de mí. ¡De repente! aprecié un ritmo acelerado, que cada vez que aparecía, estremecía mi cuerpo llenándolo de vida.

Cada instante fui diferente, más grande, menos frágil y más sensible. En ocasiones sentía enojo, en otras tristezas y mucho llanto; pero al final no importaba, porque cierto día por fin pude escuchar; -Amadeo- fue un nombre que lo volví a oír día, tras día y con él, incontables historias; las más tiernas y felices con una voz dulce y fina, que parecía cantar mientras hablaba y en otras escuchaba una voz fuerte y grave, que narra historias de aventura y fantasía.

¡Ya pude moverme! Pero por más que lo intenté, no puede abrir mis ojos, sin embargo, gracias a aquellas voces que siempre me hablaban, llegué a conocer un lugar que aún no podía ver. Ya sabía qué es una montaña, qué es un árbol, qué es un río y quién es mamá y papá, también sabía de dónde venían todas las historias que escuchaba diariamente, sabía qué era un libro, gracias a ellos, mamá y papá siempre tenían algo nuevo que contar.

Escuchaba desde las aves que cantaban, hasta cada movimiento que hacían en casa esperando mi llegada, sentía conocer mi hogar y mi cultura. No dejaba de escuchar las historias que me leían todos los días, a la vez, que las manos de mamá protegían mi cuerpo y las palabras de papá desgastaban el papel de cada hoja que leía.

Llegó el día que por fin tenía que ver cómo era el mundo fuera del cuerpo que tanto me cuidó, vería con mis propios ojos todo lo que ya conocía ¡pero esperen! ¿Por qué la tristeza? ¿Acaso no me esperaban con tanta emoción? ¿Acaso no era un día de felicidad?

Mamá lloraba horas enteras y no volví a escuchar el pasar de las hojas de un libro. ¡Llegué! pero al mismo tiempo tuve que dejarlos; bastaron unos cuantos minutos para que aquel soplo de vida que sostenía mi pequeño cuerpo, desapareciera cual rosa tomada del jardín, que, a pesar de no seguir más atada a la vida, aún conserva su bella forma.

Ahora solo había hojas en blanco, no había letras que formen palabra alguna y tampoco palabras que escribir. Las heridas eran como hojas rasgadas en el vientre y pecho de mamá y en el corazón de papá.

La única forma de decirles que me encuentro bien, fue transformando cada una de sus lágrimas derramadas, en letras que humedezca el papel, dejando impreso mi historia, grabando los buenos momentos en los que el ritmo de mi corazón aún latía acelerado, recordándoles que siempre estaré con ellos y, que me podrán sentir a su lado, cada vez que lean esta carta pasando las hojas una vez más.

Para Amadeo